

Los raros

Sueño y pesadilla de las generaciones

Rosa Beltrán

¿Cuándo inicia la vejez? ¿Cómo inicia? Una manera de saber que se ha instalado ocurre cuando las antiguas formas de entender el mundo no son ya formas útiles. Un buen (o mal) día, los antiguos saberes se vuelven obsoletos y a esta experiencia la acompañan otras más. La falta de reconocimiento, en ambos sentidos: el de reconocer pero también el de ser reconocido, la dificultad para comunicarse, la pérdida de la visibilidad. Ser visto sólo como algo que *ya pasó*. Lo más grave, según Maurois, es que el viejo nunca se siente viejo. Sencillamente un día tiene la sensación “de que ya es demasiado tarde y el juego terminó”. Pensemos un poco: si ya es difícil volverse obsoleto en cierta etapa de la vida, debe de ser atroz estar obligado continuamente a envejecer. A empezar de nuevo, en cada generación; a olvidar lo aprendido, a ocultar lo que has hecho cada diez años y a vivir con ese secreto.

La novela de Eugen Ruge, *En tiempos de luz menguante*, es la historia de una familia cuyos miembros se ven sometidos a un estado de obsolescencia permanente dados los cambios continuos de Alemania oriental durante el socialismo. A lo largo de cuatro generaciones en que padres e hijos se ven obligados a convivir cada uno convencido de tener la razón, Ruge nos obliga a pensar en el absurdo de entregarse a cualquier ideología, a cualquier verdad. Muestra lo ridícula que resulta cualquier vida vista a la luz de la siguiente generación. Y en última instancia, habla de lo absurdo de nuestros actuales afanes, si nos atrevemos a vernos, cosa que es mejor no hacer, a la luz del futuro.

En cierto sentido, se puede pensar que esto es lo que hace cualquier saga familiar. Que la historia de la literatura no habla de otra cosa que del modo en que los hijos se desmarcan de sus mayores —trátese de au-



tores o de personajes— y de las consabidas muertes del padre para que el hijo se afirme como individuo. Pero la obra de Ruge no tiene que ver con temas freudianos. Habla de transformación a nivel de la más elemental supervivencia. Habla de la memoria y de la necesidad de olvidar. Y de un tema inquietante: la impostura. El secreto que cada uno de nosotros conoce sobre sí mismo y que sería incapaz de confesar. Y una vez que ha dado estos elementos, parece decir: los actos de los personajes obedecen, por encima de todo, a su tiempo. Porque, ¿qué puede hacer un ex miembro de la Stasi refugiado en México después de la Segunda Guerra Mundial, cuando regresa a la nueva Alemania? No puede hacer más que aceptar el cargo de secretario de barrio del Partido y pasar las tardes con los camaradas fumando y be-

biendo Vita-cola a expensas de su mujer mientras urde planes para el régimen. Como organizar una gran tómbola en el Club de la Solidaridad del Pueblo y reunir fondos para comprar una locomotora de diésel de la fábrica Karl Marx para donarla a Cuba. ¡*La Viva Revolution!*, dicen sus letreros en un español defectuoso. Y, ¿qué puede hacer su mujer (además de observar a su absurdo marido) sino ocupar un cargo importante en la academia donde se forman los futuros diplomáticos de la RDA (Guinea fue el primer país no socialista en reconocer a la RDA, aunque por presiones de la República Federal pronto se retractó) y vivir agradecida al Partido? El marido (Wilhelm) no tiene la culpa: es el tipo al que —sin saber por qué— la gente saluda por la calle. “El tipo que se sirve una cuba libre y todos piensan que conoce a Fidel Castro personalmente. Que bebe Nescafé y lo acompaña con una papirosa rusa y todos creen que ha montado la red de espionaje soviético en México”.

Como, según Lichtenberg, nada nos hace envejecer más que pensar incesantemente en que nos hacemos viejos, la esperanza alienta a los nuevos y por eso el hijastro de Wilhelm e hijo de Charlotte, Kurt Umnitzer, cree *de veras* en la transformación de la RDA y regresa de Siberia, adonde fue deportado, a trabajar por la república democrática como profesor. En la Academia de Ciencias, o sea la academia “de verdad”, como le gusta subrayar para desmarcarse de sus padres y de Stalin. Tiene cierta debilidad por las mujeres pero esto se debe más a las circunstancias, pues, ¿qué puede hacer un profesor que ha pasado la mayor parte de su juventud en un campo de prisioneros y está marcado por la herencia de su padre, un conquistador empedernido? Por su parte, Irina,

su mujer, alberga un sueño más modesto: agrandar su casa, embellecerla, con base en la única posibilidad a su alcance, el trueque en el mercado negro. Cambiar un poco de caviar por unas piezas de cerámica que dará a cambio de unos trozos de madera y unas anguilas de los que dará una parte a quien a su vez hará un ventanal. Soportar a su madre, a quien se han traído de Rusia a vivir con ellos y quien no habla una palabra de alemán. Pero, ¿qué otra cosa puede hacer una guapa rusa casada con un alemán salido de un campo de trabajo siberiano si ese esposo alemán adora la belleza (de su mujer, de sus alumnas) y le conmueve profundamente que Irina se esmere en tal forma por halagarlo?

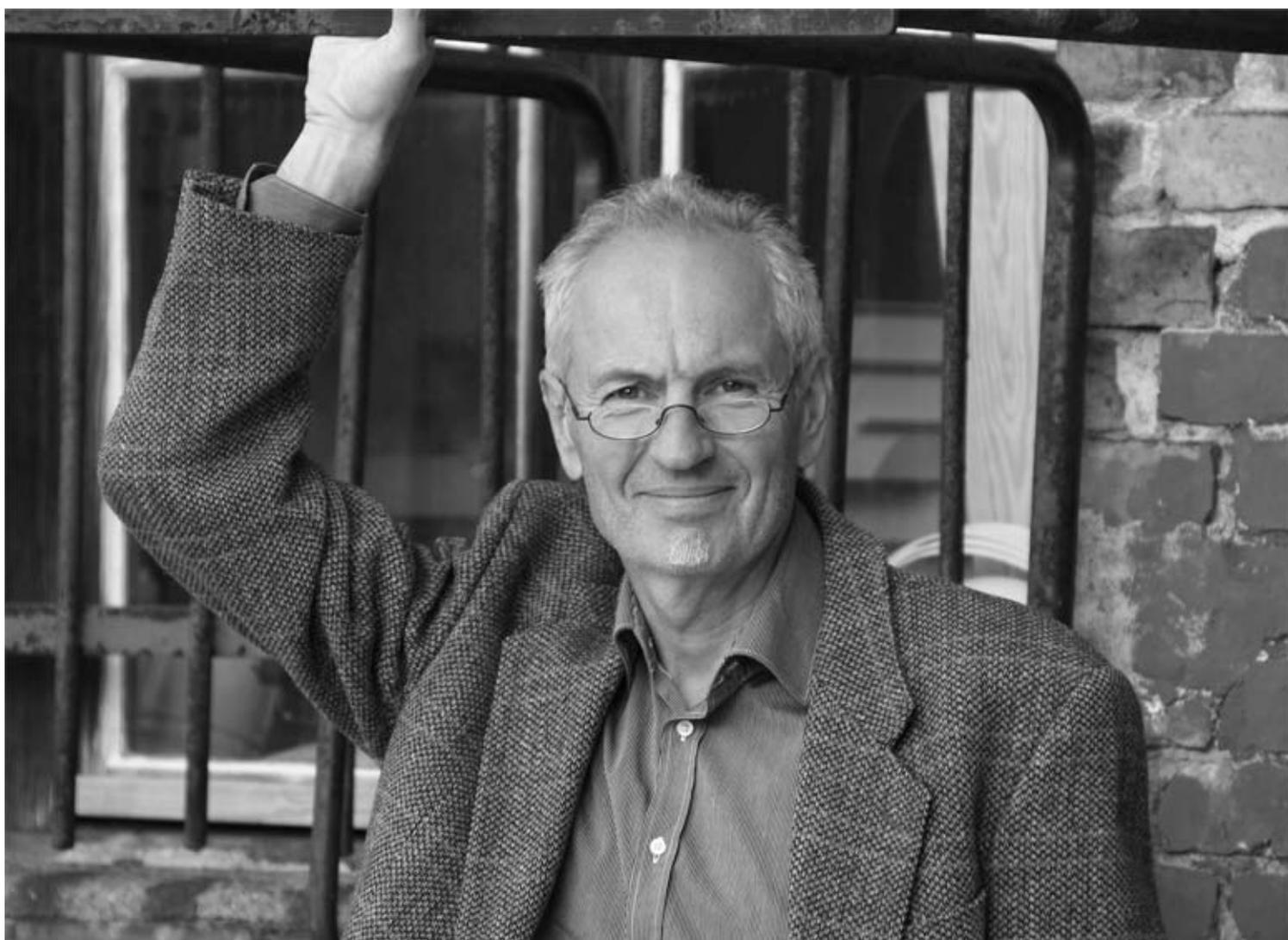
Y en cuanto a Alexander, hijo de Irina y de Kurt y padre de Markus... la opción de la huida al oeste, como se puede prever, es inevitable. No vendo la novela si hablo de los sueños de los personajes porque esto es apenas un atisbo de la historia. Tampoco si digo que Joghe Neghete (Jorge Negrete) y

su interpretación de *Cielito lindo* juegan un papel decisivo en el sueño de Alexander de recuperar un pasado del que nada entiende, menos aun la letra de esa extraña canción mexicana que su abuela Charlotte le hacía oír a 78 revoluciones por minuto. En cambio, estas mínimas menciones me ayudan a llegar a la pregunta que no conocía y que quise hacerme desde que terminé de leer, maravillada, esta obra: ¿cómo puede tramarse una novela que, pareciendo clásica, en lengua alemana, tenga la locura y el humor de la novela rusa? ¿Cómo puede urdirse con tal maestría un diálogo de sordos? Y, ¿cómo puede narrarse una familia que encarne parte de la historia de Alemania, la URSS y el México de los cincuenta y el de hoy sin caer en los estereotipos?

Sé que debí decir que *En tiempos de luz menguante*, cuyo subtítulo es *Novela de una familia*, ganó en 2011 el Deutscher Buchpreis, el premio alemán más importante, y el Aspekte-Literaturpreis, y el Premio Alfred Döblin por su primer manuscrito en 2009.

Que tomó varios años a su autor, un matemático, dramaturgo y traductor nacido en los Urales, emigrado a la RDA y finalmente al oeste en 1988, escribir la versión final de esta obra. Y que la leyenda cuenta que durante la lectura de una versión previa “Günter Grass escuchaba tan intrigado que se le apagó la pipa”. Pero me pareció que empezar por ahí desviaría a cualquiera de lo que importa. No sé si Ruge podrá escribir otra novela tan fascinante sobre el paso del tiempo y su absurdo. El material está ahí, es decir, aquí, sin que importe que en Alemania en 1989 se haya derribado el muro. Porque la competencia rapaz, la soledad, la depresión y la violencia son hoy la materia del sueño que se vive como pesadilla. Un sueño del que Occidente quisiera escapar si supiera cómo. **U**

Eugen Ruge, *En tiempos de luz menguante*, traducción de Richard Gross, Anagrama, Barcelona, 2013, 394 pp.



Eugen Ruge